

Y quizá Alape pueda responder en un relato posterior la pregunta que seguirá rondando en la mente de sus lectores y sobre todo de sus lectores niños: ¿Por qué mataron al caimán, y precisamente al caimán soñador?

BEATRIZ  
HELENA ROBLEDO

## Igual que en un circo pobre

**Los casibandidos que casi roban el sol**  
*Triunfo Arciniegas*

Fondo de Cultura Económica, México, 2003, 39 págs., il.

**Balada peluda**

*Ivar da Coll*

Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 38 págs., il.

En un país todavía bajo el embrujo del llamado *realismo mágico*, la literatura para niños es presa del mismo síndrome, a la enésima potencia: el infantilismo en la literatura, engendro sobrevenido ya sea por exceso de imaginación, y éste es el caso del realismo mágico y su prole, ya sea por exceso de realismo. Si Remedios La Bella asciende una mañana al cielo, igual que la Virgen, mientras cuelga inocente la ropa en el patio, ¿por qué unos cuasibandidos no podrían intentar robar el sol? Más allá del deslumbramiento inicial, a la medida del talento del escritor para tejer la superchería en cada caso, el infantilismo en la literatura no mueve ni una pieza en el alma del lector, niño o adulto. Hay mucha acción en estas obras, pero no encontramos ni un *movimiento*. Todo está en realidad quieto, congelado, sólo porque la vida, propiamente la vida, está ausente, y es así como los personajes de estas obras se distinguen por sus nombres propios, en una genealogía, y por ciertos rasgos, igual que en un circo pobre, así el bigotudo, el carecortado, el gordo cal-

vo, mariposas amarillas, el enano, pero, más allá de esta designación, los personajes no evolucionan en ningún sentido; son, como quien dice, unos *pintados en la pared*.



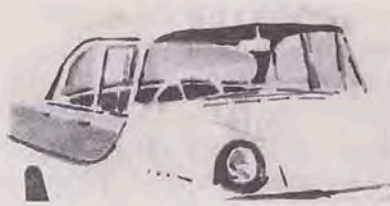
Claudia Cadena, en un Boletín Cultural y Bibliográfico (vol. XXVIII, núm. 27 de 1991), reseña varios libros escritos para niños, entre ellos tres de Ivar da Coll, y reflexiona ahí acerca de lo que llama *El equívoco de la literatura infantil*, “el intento más bien fallido de un adulto que imposta su percepción del mundo y su voz con la pretensión de dar cuenta del imaginario infantil”. En este texto, Claudia remite a la inocencia, como “elemento inherente a toda creación original”, junto con la poesía y la magia, lo cual, a mi entender, confunde. ¿Inocente, un adulto creador o un niño, inocentes? Esta dualidad, inocente-culpable, a mi parecer, no es lo que distingue al niño del adulto, y es más bien una réplica de la justicia ordinaria y del par cielo-infierno cristiano, salvado-condenado. Creo que nadie es inocente; tampoco culpable, por supuesto, desde que está vivo y lucha por perseverar en su ser en este mundo, con todas sus marcas, las heridas contraídas desde el nacimiento. Sin embargo, me parece que Claudia apunta bien con su crítica, la cual remite a un *Magazín Dominical de El Espectador* (núm. 415 del 7 de abril de 1991) dedicado a los *Principitos del siglo XXI*; alude en particular al texto de Héctor Rojas Herazo incluido en este *Magazín*, donde los niños son vistos como *Los*

*centinelas del hombre*. Afirma ahí Rojas Herazo que los adultos han olvidado lo que es la infancia, y que “su recuerdo es asunto de grandes poetas [...] Solamente esos niños elegidos —un Homero o un Tolstói— han podido mantener vivo un género, el de la fabulación inextinguible, de tan compleja y peligrosa andadura. Lo demás (dedicarse con asombrosa estupidez a hilvanar chochees en diminutivo) es exponernos a encolerizar sin atenuantes al insobornable personaje que nos asiste y vigila, que alcanza a agredirnos con una impasibilidad que nunca deja de juzgarnos”. Los adultos decepcionan a los niños, sostiene Rojas Herazo, y es radical al declarar que “los niños son los creadores y mantenedores [...] de lo más fecundo, inquisitivo y sobrecogedor de la literatura en general”. Concluye su texto aludiendo a la inocencia, contribuyendo así a la confusión, igual que Claudia Cadena: “Lo que deseo recordar es que la verdadera creación ha sido —siempre, siempre— el resultado de una alianza afortunada entre la inocencia y el terror”. Después de leer la novela, y ver la película *El señor de las moscas*, por ejemplo, es difícil sostener así de tajante la inocencia de estas criaturas, la cual no sabemos bien qué quiere decir, al menos permanece incierta, como ocurre en el relato mismo *La otra vuelta de tuerca* de Henry James, aun si este autor parece insistir en la “inocencia” del niño, de la niña, a toda costa. La inocencia o la culpabilidad serían más bien asunto de una ley o de una justicia que nada tiene que ver con la creación y con la justicia literaria misma, y no es que ésta carezca de una ética; al contrario, sólo que no es un calco de la justicia ordinaria. Léase la novela de Kafka *El proceso*, para ver de qué manera el señor José K lucha por sacudirse de sus hombros estos atributos que le quieren endilgar, inocente o culpable; a cierta altura de la novela, él sabe que no es ninguna de las dos cosas, y lo presiente desde el mero principio del proceso; aunque se enrede un rato con los abogados, siguiendo el consejo de

sus mayores, pronto decide tomar el caso por su propia mano, hacer de abogado. Por otra parte, no creemos que el asunto de la infancia, para un adulto creador, sea cuestión de *recuerdo*, tal como afirma Rojas Herazo. Que un Hölderlin, un Rilke, un Ray Bradbury, o bien un Hans Christian Andersen, *recuerden* la infancia, es más que dudoso, porque el recuerdo es la primera traba de la genuina creación; se trata de afectos y de metamorfosis en un presente vivo, se trata de hibridaciones, de simbiosis entre etapas de la vida, entre sexos y entre reinos, no de recuerdos ni de metáforas o mitos, que remiten al pasado del autor; estamos lejos de creer en el epígrafe que trae Gabo en sus Memorias, que la vida no es lo que uno vivió, sino cómo lo vivió y sobre todo cómo lo recuerda para contarlo. Por cierto, la vida no es lo que uno vivió, es lo que uno vive, si todavía de veras está vivo, y no lo que uno recuerda, lo cual es como quien dice vivir de prestado, embargado por el pasado, inclinado fatalmente a recrear la novela familiar, la búsqueda del padre o de la madre, o de sus subrogados, al final del camino. La buena literatura nunca ha sido cosa de recuerdos, y éste es precisamente el origen de la falsificación, de la copia, de la impostura, a la que se refiere Claudia Cadená en su *Equívoco de la literatura infantil* que cité al principio de esta reseña.

Ejemplo de este infantilismo en la literatura: eso de poner a un león, como hace Triunfo Arciniegas en cuento que reseño, *La escopeta de Petronio*, incluido en el librito de los *Casibandidos*, poner a un león no sólo a escribir una novela sino a promocionarla, dándosela a Petronio, que tuvo la gentileza de dispararle con una escopeta que vomita flores más bien que balas. “Dígame su nombre para dedicársela” (pág. 21), le dice el león a Petronio de rodillas; esto de poner a los animales a hablar y comportarse como humanos, ya Lorca y Buñuel se encargaron de escribirle una carta burlona y muy seria a Juan Ramón Jiménez por su *Platero y yo*, donde el burro

también se obstina en los derechos humanos, cosa abominable que despierta un espanto y un desconsuelo inigualables, este león de Triunfo Arciniegas presentándole “un libro gordo” a Petronio arrodillado pidiendo clemencia, *Aventuras de Leoncio Santamaría en África*, todo esto, en palabras de Gog y Magog, dan ganas de llorar, si no fuera porque uno sabe que esta superchería, íntegra, es simplemente un dispositivo eficaz del mercado de los libros, el verdadero creador de esta pandemia: el infantilismo en la literatura.



El asunto de aquellos poetas, y el de tanto músicos, Mozart en primer lugar, es el de un devenir niño, lo cual es muy distinto de volverse un niño literalmente, muy distinto de recordar la infancia; aunque se pueda apoyar en ciertos recuerdos de infancia a manera de trampolín, se trata, más bien, para el adulto, de una participación, de un entrar en la vecindad de esta molécula-niño, de manera que ahí sean indiscernibles, el adulto y el niño, cosa superrara en un adulto, que, por definición, parece ser aquél que no puede ver al niño desde el punto de vista del niño, sino desde su propio punto de vista como adulto, justamente a diferencia del niño, el cual puede ver al adulto no sólo desde el punto de vista del niño, sino también desde el punto de vista del adulto. No es que el grande, siendo un poeta, *recuerde* su infancia; es que tiene el poder, o la debilidad, de haber preservado algo que se reactiva en la creación, estas vetas o rasgos de infancia que empiezan a proliferar de manera tan

maravillosa en un Ray Bradbury: “Yo dejo que el niño antiguo, primitivo, hable en mí, hable por mí, me hago a un lado y lo oigo”, dice Bradbury. En Mozart, hay un devenir niño, y el niño deviene, a su vez, pájaro.

Creo que Saki sabe de la infancia; véase, por ejemplo, *El cuentista*, esta variación morada-oscura de la Capucita Roja que cuenta el personaje soltero a una niña y un niño en un tren, aburridos de oír historias dulzarronas de la odiosa y seca tía de turno. Y sabe de la infancia el mismo Bradbury, cuando, en *El cuerpo eléctrico*, la abuela-robot se abstiene de usar palabras dulzarronas para incitar el apetito esquivo de los niños. Les dice: “Vengan a probar este platillo horrible que no se lo comen ni las hormigas más hambrientas”, confiada en despertarles así el apetito; no les dice: “Les he preparado la comida más deliciosa y más sana, alimento de ángeles, mis amores, vengan a sentarse”. ¿Por qué será? ¿En qué mundo vivimos? Haga el experimento.

Encontramos buenas las ilustraciones de Ivar da Coll en varios libros suyos; en particular, las ilustraciones de la serie del Chigüiro, sobre toda aquellas que hacen el cuento sin palabras, cuando Chigüiro, si quiere dormir, dibuja la cama, las cobijas y hasta la mesa de noche con el vaso de agua, para echarse luego a descansar ahí. Qué pena que su *Balada peluda*, que reseño, traiga unas ilustraciones horribas, cuyo autor ni siquiera menciona el librito del Fondo de Cultura Económica de México. Escrita en versos cojos, esta tercera estrofa de la balada salta a la vista por la elección de la rima (pág. 8):

*Era envidia de las calvas  
por su hermosa cabellera.  
Si intentaba saludarlas  
ponían cara de tijeras.*

El ilustrador, ni corto ni perezoso, pintó las tijeras en las caras de estas damas calvas. Los consejos al final de la graciosa balada (pág. 38), el primero de los dos, y aun el otro, fatal, para niños y adultos por igual:

*No busques nuevos caminos  
ni cambies de peluquero,  
no dejes que a tu destino  
lo afecte un corte de pelo.*

Como dice Eliseo Diego, en el *Magazín Dominical* citado, el niño es un misterio, “no creo que ninguno de nosotros, los adultos, sepamos lo que es un niño. Ellos sí lo saben, pero no lo dicen. Los niños son muy sabios”. Quizá no son tan sabios, los niños; no hay que idealizar la infancia, eso no es el paraíso donde caminan descalzas las gracias, y por esto mismo van configurando muy pronto un mapa político para perseverar en su ser en el mundo donde les tocó criarse, y presienten, los niños, olfatean, sospechan las cosas, y saben que no pueden confiar sino en raros adultos, son intuitivos y cautos, y que no les vengán a vender una caricatura de vida como la que presume de inocente y de limpia en tantas bocas maternas y paternas, incluyendo a las tías, *mi cielo*, esa mentira no les entra, aunque, de rebote, corre el riesgo de hacerles daño; ninguna lady Macbeth lavándose las manos una y otra vez para borrar las manchas de sangre les convence o emociona ni poquito. No sabemos lo que son los niños, y ciertamente no es lo que quieren proyectar los adalides del realismo mágico en todas sus variantes; los niños no navegan en estas aguas.

Del librito de Triunfo Arciniegas, *Los casibandidos*, se salvan las ilustraciones, hechas por Rafael Barajas “el figón”. Encontramos escenas como ésta en el cuento de Petronio citado arriba: hambriento, está molesto con su escopeta que no dispara balas sino flores. Entonces, “Petronio habló de hombre a escopeta con su amiga. Le expuso la terrible situación” (pág. 20). Está claro para un niño, “de hombre a escopeta”, ¿no?, o sea, de tú a tú con una cara de escopeta.

Echamos de menos en la literatura infantil local las cosas que encontramos en un Heinrich Böll, *Destino de una taza sin asa*, donde la taza, colocada en el bordillo de una ventana alta en un edificio, se siente en

peligro y expresa su cuidado de la vida, siendo la narradora del cuento misma, procurando una conexión con el niño, quien, la noche de Navidad, parece haberle dado la espalda encandilado con algún advenedizo, un tren eléctrico o una pelota de números. Aquí no es que las cosas se comporten como personas; es más bien lo inverso: las personas son arrastradas al campo molecular de las cosas, un devenir-taza de Heinrich Böll. Estas cosas no sólo son posibles: es la única posibilidad que tenemos los hombres, en esta fuga incesante por apartarnos del patrón Hombre-Blanco-Adulto-habitante-de-las-ciudades-del-Norte, la única posibilidad de volver a la vida a través de las minorías todas, lo cual no quiere decir, en sentido cuantitativo, las moscas, por ejemplo, los insectos todos son una minoría, las mujeres, los niños, los de piel oscura, los del tercer, cuarto y quinto sexos, el agua, las flores, las plantas, los animales, las piedras, las simples cosas...

RODRIGO PÉREZ GIL

## Humor intelectual

### La caja de las lágrimas

Triunfo Arciniegas

Ediciones B, Grupo Zeta, Barcelona, 2004, 104 págs.

Triunfo Arciniegas es uno de los autores nacionales más prolíficos y más premiados en ese género conocido como *literatura infantil*. Él se ha ganado el premio Enka, que fue tan jugoso y tan importante en su tiempo, el de Comfamiliar del Atlántico, el Nacional de Literatura de Colcultura, el Premio Nacional de Dramaturgia y el Premio Parker de Literatura Infantil. Otros autores como Celso Román y Yolanda Reyes han incursionado también con éxito en este género en nuestro país, y Rubén Vélez —el famoso Marqués de la Humareda— nos sorprendió

hace un par de decenios con su *Hip - hipopótamo vagabundo*, además del prematuramente desaparecido escritor Jaime Alberto Vélez, quien se atrevió también en esos terrenos con *Buenos días, noche*. En cuanto a poesía para niños, pues en Colombia tenemos la inmensa fortuna de contar con algo que ya forma parte de nuestro acervo como son los *Cuentos pintados* de Rafael Pombo, quien hizo unas traducciones tan bien logradas de poemas clásicos ingleses a nuestra lengua y las adaptó tan bien a nuestro medio, que más que versiones, son verdaderas creaciones. Por otro lado, en la actualidad el poeta Horacio Benavides ha hecho en Cali su parte, publicando una bella colección de adivinanzas para niños. Y hace años esperamos impacientes —quienes conocemos su ingenio— otra buena tanda de adivinanzas infantiles de Juan Raúl Navarro.



El libro del que queremos hablar es *La caja de las lágrimas* de Triunfo Arciniegas. Se compone este volumen de ocho relatos: *Toto de Lucy*, *La mujer que vivía dentro de un caballo*, *El hombre que era perro*, *Querida Lucy*, *La caja de las lágrimas*, *Lucy entre fantasmas*, *Lucy, gato y vampiro*, y *Lucy y yo*. No conozco muy bien los límites entre la literatura infantil y la que podríamos llamar de adultos. Es innegable que esas categorías existen, puesto que hay centenares de obras en todas las lenguas y tradiciones que han formado parte de la memoria de todos los que algún día fueron niños. En Occidente están los cuentos de Perrault,